

“PROYECTO DE RESPUESTA A LA CARTA DE V.I. ZASULICH”

CARLOS MARX - Tomo III O.E.

Este texto, elaborado en 1881 (dos años antes del fallecimiento de su autor) como respuesta a una carta de Vera I. Zasluch, mujer intelectualmente de vanguardia en el movimiento radical ruso del siglo XIX, contiene un enfoque algo diferente al habitual sobre el mundo rural, presentado por el progresismo y el liberalismo, por la izquierda y por parte del anarquismo, como “retrogrado” sin más, sólo bueno para ser destruido.

Vera pregunta a Marx sobre la comunidad rural rusa de aquel tiempo, pues se discutían sus virtualidades, revolucionarias o reaccionarias, tanto como la estrategia a adoptar. Marx contesta que Rusia es diferente a Europa occidental porque el capitalismo está mucho menos desarrollado, de forma que el campesinado agrupado y organizado en aquélla debe ser considerado como factor positivo, siempre que se vaya a una fusión entre la comunidad rural y la gran industria. Dice, en concreto que con “una revolución rusa... la comunidad rural... se erigirá pronto en elemento regenerador de la sociedad rusa”.

Aduce que dicha comunidad posee unos elementos de colectivismo y actividad laboral asociada que la hacen útil para cumplir esa función, con dos condiciones, que tenga lugar una revolución en Rusia (esto lo repite varias veces) y que aquélla integre las supuestamente poderosas fuerzas productivas de la máquina y la gran industria.

Esta forma de tratar la cuestión, con sus muchos desaciertos, es algo mejor que la habitual en Marx, y no digamos en sus seguidores, centrada en el proletariado urbano e industrial como única fuerza revolucionaria.

Pero Marx, cegado por el economicismo, el mecanicismo y el determinismo, no analiza la ruralidad rusa como es, en su complejidad, también desde el punto de vista política, convivencial, ético, cultural e histórico. De ese modo crea algo que es irreal, un monstruo, una comunidad humana concebida como ente meramente productivo y laborante, lo que nunca ha existido y nunca existirá, salvo que los procesos de deshumanización hoy en curso alcancen y realicen todos sus aterradoros objetivos. Eso le impide comprender las particularidades negativas de la comunidad rural rusa, al ser componente del régimen de servidumbre (una forma de esclavismo) que se mantuvo en ese país hasta bien avanzado el siglo XIX.

En segundo lugar, Marx no sabe prácticamente nada de la realidad rural en ese tiempo en Occidente, dejando de lado el caso inglés, que no es representativo. Cita formas de trabajo en común en Alemania, sobre la base del comunal, pero lo presenta como anécdotas. Su tesis es que en Occidente todo el universo de lo comunal, que atribuye a los pueblos germanos que entraron en el imperio romano a partir del siglo V, aserto ridículo, estaba o bien ya desaparecido o en trance de tal, siendo elemento menor de la vida económica y social.

Eso dista mucho de ser correcto y pone, de nuevo, en evidencia, el fallo mayor del marxismo, su abismal ignorancia de la realidad sobre la que con tanta solemnidad pontifica. Para 1881 el proceso de privatización del comunal en “España” estaba aún a menos de la mitad del camino, pues la ley de 1855 fue activa hasta 1924, e incluso hasta mucho después de

facto. Un viajero muy buen conocedor de la realidad peninsular, el francés F. Le Play, que estuvo aquí en la primera mitad del XIX (lo narra en “Campesinos y pescadores del norte de España”), se asombra de la extensión y presencia que tenía el comunal, mucho mayor que en otros países europeos.

Por tanto, si en Rusia una comunidad campesina que era parte de un orden servil es presentada positivamente, ¿qué se puede y debe sostener en relación con el universo peninsular de la ruralidad que era todo lo contrario, esto es, cualitativamente superior, puesto que había emergido de una revolución emancipadora, en la Alta Edad Media?

Marx y sus discípulos, deslumbrados por la gran industria, la ciencia, el progreso, el ferrocarril, los ingenieros y la tecnología, no logran comprender que la comunidad rural, entre nosotros y en otros países europeos era muchísimo más que economía, mucho más que formas de “producción cooperativa o colectiva”, como dice en el texto citado.

Era, sobre todo, 1) un orden político asambleario, 2) unas formas de relación dirigidas a maximizar la convivencia entre las personas, 3) un rechazo de la propiedad privada, de la posesividad, del egoísmo, de las egomanías, 4) un modo frugal y severo de vivir que tomaba el mínimo de la naturaleza pues sus metas eran sobre todo espirituales, 5) una calidad de las personas, que se autoconstruían como tales, 6) una autonomía casi total en la autoconstrucción de la cultura, el arte y el conocimiento, 7) una visión integral del sujeto, no sometido a especializaciones mutilantes, 8) un rechazo de la idea de placer, goce y felicidad, 9) una reflexión existencial permanente sobre la condición humana, 10) un respeto riguroso por el otro, por la persona y por lo humano, 11) una cosmovisión que admita lo trágico de la vida humana y que no se deje llevar a concepciones infantilmente optimistas, epicúreas y utópicas.

Marx no comprende que la creación de una sociedad no-capitalista depende de forma absoluta e incluso dramática de la existencia de una comunidad humana que reúna esas once condiciones, y no del poder de la tecnología, no de la abundancia material, no de la ciencia y la técnica.

¿Qué sucedió con la desventurada comunidad rural rusa? Que la revolución productivista y tecnologizada que los discípulos de Marx realizaron a partir de 1917 la destruyó por completo en la “colectivización” (una estatización enfurecida y despiadada en realidad), de 1929-1933. No podía ser de otro modo: el mundo rural popular no era compatible con la tecnología. Marx, que se las da de “científico”, proponía lo imposible, unir pueblo no degradado y desarrollo de las fuerzas productivas.

Éste último, por su naturaleza, encanalla y degrada a la gente, convirtiendo al pueblo en populacho. La riqueza material se logra siempre a costa de la riqueza espiritual, de la calidad del orden social, de la valía del sujeto. Lo uno y lo otro no son compatibles, puesto que la tecnología tiene como meta sustantiva la aniquilación de lo humano, el final de la civilización, la jerarquización de la sociedad, el triunfo del poder militar y policial.

Esa es la gran lección a extraer de la historia de los últimos ciento cincuenta años. El significado práctico de todo esto está, es cierto, por determinar aún.

Sí sabemos que hay dos posiciones contrapuestas, la de Marx, que sitúa la liberación del pueblo como resultante de las cualidades del objeto (cantidad y calidad de bienes materiales), y una muy diferente, que se asienta en todo lo contrario, la primacía del sujeto, de la calidad de la persona, como ser social e individual. La primera ha fracasado de manera total, la segunda está por aplicarse, y la experiencia histórica dirá.

Marx es cosista, determinista, teleológico, mecanicista, tecnoentusiasta, esto es, deshumanizado y deshumanizador. Ahora se trata de llevar adelante un gran proyecto de transformación social fundamentado en lo humano, no determinista, descreído hacia la tecnología, organizado desde los valores del espíritu, que son el componente axial del ser humano en tanto que humano.

Pero los problemas distan de estar resueltos. Falta mucho por resolver, fijar y esclarecer. El proyecto marxista ha fracasado al completo, en sus tres versiones, la proletaria pura, la de la alianza entre obreros y mundo rural aplicada en Rusia, y en China, y la reformista socialdemócrata, que lo fía todo a lo más chabacano, el consumo y al Estado “protector” del asalariado. No menos desoladores han sido los logros de los “movimientos de liberación nacional”. Pero en “España” la sociedad rural popular tradicional, que tuvo una oportunidad, finita pero real, para construir una sociedad nueva, libre y comunal, en el siglo XIX, en réplica a la revolución liberal y la Constitución de 1812, no fue capaz de implementar nada grande y resolutivo, sólo medidas paliativas a la postre inútiles. Eso no es nuevo, en los siglos XIII y XIV ya había fallado. Y también, en un sentido, en los siglos VIII y IX.

Quizá la cuestión de la emancipación integral del género humano resulte ser un problema sin solución, de modo que el capitalismo y el Estado sean eternos, o no lo sean por autotransformación en realidades todavía peores. Esta primera reflexión, en sí misma tremenda, tiene un elemento positivo, que nos libera del fastidioso optimismo pueril, de la fe en la entelequias paradisiacas, del apetito por las utopías, siempre distopías. Y otro más, que nos exige un esfuerzo de reflexión aún mayor, pues quien no desee seguir haciéndolo al desmoralizarse por este enfoque, realista, del problema es porque es un adicto a los narcóticos espirituales, y lo primero que tiene que hacer es tratarse su adicción.

Estamos, pues, en un tiempo de búsqueda, que es un tiempo de creación intelectual, de esfuerzo por adoptar una interpretación de la historia (por tanto de los modos de hacer historia desde el presente, de construir el futuro) nueva y más verdadera que las precedentes. Tenemos certezas parciales pero no mucho más por el momento, aunque nadie puede conocer lo que podremos saber en un decenio más, quizá muchísimo, o quizá no.

Tales certezas son que el cosismo es capitalismo, que lo sustantivo es lo humano, que el reformismo posibilista es la muerte del espíritu y que se necesita una revolución integral. También, que debemos mantener nuestras mentes muy abiertas e inquisitivas, en un esfuerzo permanente para captar, pensar y crear lo nuevo, dando de lado las viejas certidumbres y los ya del todo inútiles dogmatismos.